

## “LAS INCLUSAS”



**Testimonio de Saülo Mercader**, afamado pintor, doctor en artes plásticas (París VIII), y diplomado por la Universidad de Columbia. Describe el itinerario de su vida en un libro desgarrador: “Los cantos de la sombra, tragedia de un niño español” (Imago).

Este testimonio fue publicado en *Femme Actuelle*, en la sección “La vida de frente”.

*“A comienzos de los años 50, a todos los niños de cráneos rapados y de rostros famélicos les hice la siguiente promesa: llegaré un día en el que contaré sus sufrimientos, los malos tratos que les infligen por el mero hecho de ser los hijos de los vencidos, de los republicanos... Me tocó compartir su mismo destino. No era un hijo de “rojo” como ellos. Pero era fruto del pecado, el hijo adúltero de un franquista recalcitrante, ferviente católico, un abogado de prestigio, propietario rentista, casado, que ostentaba enormes privilegios.*

### **El escándalo de las “inclusas”**

*Mientras mendigaba, corría el riesgo de desvelar su nombre, de traicionarlo... Era un peligro para él. Mi padre me condujo a la “inclusa” de José Antonio. Aquel lugar estaba destinado a recoger a los hijos huérfanos de los “rojos”. En realidad, la “inclusa” era un campo de prisioneros para niños copiado de los nazis. Lo formaban edificios grises, rodeados de alambradas, que no tenían más fin que el de envilecer, destrozarse, asesinar a los hijos de los derrotados. Entre los 7 y los 13 años, estuve allí encerrado a lo largo de diversos periodos, el más largo de año y medio. El hospicio era un verdadero infierno. Un universo sórdido, donde se amontonaban los niños escrofulosos, raquíuticos, de grandes ojos vacíos y cráneos rapados. La institución la regentaba la hermana Aurora, un verdugo de toca y crucifijo. Nos odiaba con toda su alma, desde lo más hondo de su ser. Nos recordaba una y otra vez que no éramos más que hijos de “rojos”, que nuestros padres habían violado monjas e incendiado iglesias. Nuestras madres eran unas putas, y encarnábamos el mal, a Satán en persona... Ninguna crueldad era capaz de saciar a aquella mujer cuando nos hablaba: teníamos entre 3 y 14 años, pero tantas culpas por las que pagar..*

### **Vivíamos siempre en estado de alerta, tratando de esquivar los golpes**

*Tanto en invierno como en verano, nos pasábamos los días encerrados entre altos muros coronados de trozos de vidrio. Nuestro única vestimenta la constituía una bata gris con un número cosido. Nada de escuela: como le gustaba decir a la hermana Aurora, apenas valíamos para ser esclavos, para servir a los “buenos cristianos”. Y nos mataban de hambre. Por la mañana, avena tostada con un poco de leche. Por la tarde, engullíamos una sopa en la que flotaban algunas peladuras de patata.*

*Si bien la “inclusa” era un lugar de recogida para niños, tenían la perfidia de mezclarlos con adultos, deficientes mentales o lisiados. Nosotros, los más pequeños, vivíamos siempre en alerta, tratando de esquivar los golpes de los adultos excitados que se pegaban con la cabeza contra la pared. Nos despertaban a las cinco de la mañana para que nos laváramos. En realidad, nos metían, por turnos, en una enorme bañera de agua helada en la que la hermana Aurora nos frotaba con una especie de guante de crin, que*

era el modo de arrancarnos las postillas y abrirnos otra vez las heridas, mientras salmodiaba “hijo del diablo”, como si así fuera más fácil extirparnos el pecado que vivía en nosotros. Nunca vi una sonrisa ni un gesto de compasión dibujarse en la palidez de su rostro. No se inmutaba ni siquiera frente a la desesperación de los más pequeños. Niños de 3 a 5 años a los que cerraban la boca golpeándoles con una fusta. Niños a los que obligaban, “para que fueran aprendiendo”, a comerse sus propios excrementos cuando se hacían sus necesidades encima. A mí también me ocurrió alguna vez. Y, pese a todo, me reía asegurando que tampoco eran tan malos. Una manera como otra cualquiera de infundirme valor y de infundírselo a los demás..

### **Venían a extraer la sangre de los “hijos del diablo” para dársela a los “hijos del bien”**

Conservo de esta época un recuerdo especialmente horrible. Una tarde, en el dormitorio, un niño de unos diez años intentó abrirse las venas con un fragmento de lata de conserva. El jergón y la manta estaban empapadas de sangre. Aterrorizado, pedí ayuda. La hermana Aurora lo miró de arriba abajo sin abrir la boca. Detrás de ella, dos de sus esbirras aguardaban sus órdenes. Les hizo un gesto con la mano, y entonces empezaron a azotarlo con un nervio de toro. Después lo sacaron al pasillo, arrastrándolo entre los jergones; iba dejando un rastro rojizo. No volvimos a verlo nunca más...

Casi todos los niños tenían hematomas en los brazos: de vez en cuando les extraían un poco de sangre. De ese modo el estado vampiro, con total impunidad, les chupaba la sangre a los “hijos del diablo” para dársela a los “hijos del bien”, los hijos del régimen, los buenos cristianos... Muchos de aquellos niños acababan poniéndose enfermos y desaparecían para siempre. Estoy seguro de que me libré de semejante práctica gracias a la disentería que padecía.

¿Cómo logré sobrevivir? Lo ignoro... Creo que fue gracias a mi fortaleza espiritual. No dejaba de imaginarme libre, lejos de aquel lugar, dibujando o moldeando figuritas de arcilla. A veces, cuando nadie me veía, arrancaba un trozo de yeso de la pared y, rodeado por otros niños que así me ocultaban, dibujaba en el suelo imágenes que, durante unos breves instantes, nos hacían soñar. Me pillaron algunas veces. Me había atrevido a hacer algo que estaba considerado intolerable... crear. Como castigo, me encerraban con los enfermos mentales. Me juraba a mí mismo que algún día pintaría aquellos rostros torturados. Al fin llegó el momento de salir de allí. No cabe duda de que fue mi padre quien tomó la decisión.

### **Tengo el deber de contar el sacrificio de aquellos compañeros**

Franco había dividido a los españoles: a un lado, los que gozaban del derecho a la educación, a la comida; al otro, los explotados, de los que yo formaba parte. A un lado, los hombres; al otro, los sub-hombres. Pese a haber logrado ser reconocido como artista, no consigo olvidar aquella época terrible. Aquellos niños de caritas macilentas y ojos vacíos continúan persiguiéndome. Casi todos los de mi generación han muerto. Incluso los que escaparon de la “inclusa” no lograron sobrevivir mucho tiempo. Humillados, destrozados, no pudieron sacarle ningún provecho a sus vidas.

En mi caso, fue el arte el que me salvó. Me ayudó a sublimar el sufrimiento. Sin él, yo también habría muerto. Tengo el deber de contar el sacrificio de aquellos compañeros. La ignominia no prescribe nunca. Ya es hora de que la España democrática pase factura, desvele, en nombre de la verdad, de la dignidad y de la vida, la magnitud de aquel horror.